

po estaba muy á la vista, ocupando con sus mové-  
dizos puntos negros la meseta de Floing, una an-  
cha banda de tierras rojizas, que bajaban desde el  
bosque de la Garenne hasta el borde del agua.

Más allá se veía Floing, Saint Menges, Fleigneux,  
Illy, aldeas perdidas entre las ondulaciones del te-  
rreno, toda una región atormentada, cortada, es-  
carpada. Y á la izquierda, el cierre del Meuse, las  
aguas lentas, como plata nueva, al sol claro, ence-  
rrando la península de Iges; en su ancha y perezosa  
revuelta, cerrando el camino de Mezieres, de-  
jando solo entre la ribera extrema y los inextrica-  
bles bosques, la puerta única: el desfiladero de  
Saint Albert.

Los cien mil hombres y los quinientos cañones  
del ejército francés estaban allí, amontonados, cer-  
cados en aquel triángulo; y cuando el rey de Pru-  
sia se volvía hacia el Oeste, veía otra llanura, la  
de Donchery, campos vacíos ensanchándose en di-  
rección á Briaucourt, Maraucourt y Vrignes aux-  
Bois, tierras grises hasta perderse de vista, y cuan-  
do se volvía hacia el Este, se divisaba también en-  
frente de las líneas francesas, tan apretadas, una  
inmensidad libre, un pululamiento de pueblos, Dou-  
zy y Carignan primero; después, subiendo, Rubé-  
court, Pourru aux Boix, Francheval, Villers Cer-  
nay, hasta la Chapelle, cerca de la frontera. Toda  
la tierra que había alrededor le pertenecía, empu-  
jaba á capricho los doscientos cincuenta mil hom-  
bres y los ochocientos cañones de sus ejércitos y  
abrazaba de una sola ojeada su marcha avasalla-  
dora.

Ya por un lado el 11.º cuerpo avanzaba sobre

Saint Menges, mientras que el 5.º cuerpo estaba en  
Vrignes-aux Bois y que la división wurtembergue-  
sa aguardaba cerca de Donchery, y del otro lado,  
si los árboles y los montes le molestaban, adivinaba  
los movimientos; acababa de ver al 12.º cuerpo pe-  
netrar en el bosque Chevalier y sabía que la guar-  
dia debía haber alcanzado Villers Cernay. Eran los  
brazos del torno, el ejército del príncipe real de  
Prusia á la izquierda, el ejército del príncipe real  
de Sajonia á la derecha, que se abrían y subían con  
irresistible movimiento, mientras que los dos cuer-  
pos bávaros se lanzaban sobre Bazeilles.

A los pies del rey Guillermo, desde Remilly á  
Frénois, las baterías atronaban el espacio sin des-  
canso, cubriendo de granadas la Moncelle y Daig-  
ny, yendo por encima de Sedán á barrer las mese-  
tas del Norte. Eran poco más de las ocho y aguar-  
daba el inevitable resultado de la batalla, con la  
vista fija en aquel gigantesco tablero de ajedrez,  
ocupado en guiar aquellas masas de hombres, fiján-  
dose en la lucha encarnizada de algunos puntos  
negros, perdidos en medio de la eterna y sonriente  
naturaleza.

## II

Sobre la meseta de Floing, al amanecer, en la  
niebla espesa, la corneta de Gaude tocó diana á  
plenos pulmones. Mas había tanta humedad en el  
aire, que los alegres toques de corneta se perdían  
en el espacio. Los hombres de la compañía que no  
habían tenido valor de colocar las tiendas, envuel-  
tos en las lonas, acostados en el barro, no se des-

pertaban, parecidos ya á cadáveres con las caras pálidas, endurecidas por el sueño y el cansancio. Hubo que moverlos uno por uno para sacarlos de aquel letargo; y se levantaban como si resucitaran, lívidos, los ojos llenos del terror de vivir.

Juan había despertado á Mauricio.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estamos?

Asustado, miraba, no divisaba más que aquel mar gris, donde flotaban las sombras de sus compañeros. Nada se distinguía á veinte metros de distancia. Toda orientación se hacía imposible, no hubiera podido decir hacia qué lado se encontraba Sedán. En aquel momento, el cañón, en alguna parte, muy lejos, se dejó oír.

—¡Ah! sí, hoy nos batimos... ¡Tanto mejor, así acabaremos de una vez!

Algunos, alrededor suyo, decían lo mismo; y era una sombría satisfacción la que les impulsaba á acabar con aquella pesadilla, la de ver por fin á los prusianos, que habían ido á buscar y ante los cuales huían desde hacía tantas horas. Iban á enviarles algunas balas, aligerarse de unos cuantos cartuchos que habían llevado desde tan lejos, sin quemar uno siquiera. Esta vez, todos lo comprendían, la batalla era inevitable.

El cañoneo en Bazeilles era cada vez más nutrido y Juan, de pie, escuchaba.

—¿Dónde tiran?

—Creo,—dijo Mauricio,—que debe ser hacia el Meuse, pero que el diablo me confunda si sé dónde estoy.

—Oye, amiguito,—dijo entonces el cabo,—no te separes de mí, porque hay que saber arreglárselas

para no pescar algo... Yo he visto ya estas cosas y te cuidaré y me cuidaré.

La escuadra empezaba á gruñir por no tener nada caliente que comer. No había medio de encender lumbre, sin leña seca y con un tiempo tan húmedo. En el momento mismo en que empezaba la batalla, el problema de llenar el estómago se presentaba imperioso, decisivo. Héros, tal vez, pero estómagos ante todo. Comer era la única preocupación, y ¡con qué placer espumaban el puchero los días en que había buena sopa y qué rabietas de niños y de salvajes cuando faltaba el pan!

—¡Cuando no se come, no se bate la gente!—dijo Chouteau.—¡Lo que es á mí hoy no me limpian!

El espíritu revolucionario volvía á apoderarse de aquel demonio de pintor, gran charlatán de Montmartre, teórico de taberna, echando á perder las pocas ideas sanas, cogidas aquí y allá, en la más tremenda mezcolanza de borricadas y de embustes.

—Además, ¿no se han querido burlar de nosotros diciéndonos que los prusianos se morían de hambre y de enfermedades, que no tenían ni camisa y que se les encontraba en los caminos, sucios, destrozados, como mendigos?

Loubet se echó á reír con su risa de pilluelo parisiense, que no comulga con ruedas de molino.

—¡Buenas tragaderas hacen falta! ¡Los que se mueren de hambre y de miseria y á los que darían una limosna cuando pasamos, somos nosotros!... Y las grandes victorias, ¡vaya unos guasones los que nos contaban que Bismarck había sido hecho prisionero y que todo un ejército había sido preci-

pitado en una cantera!... ¡Bien nos han tomado el pelo!

Pache y Lapouille, que escuchaban, apretaban los puños, moviendo furiosamente la cabeza. Otros también se incomodaban, porque el efecto que á la larga producían aquellas noticias falsas de los periódicos, era desastroso. Se había perdido por completo la confianza y no se creía ya en nada. Las imaginaciones de aquellos muchachos, tan predisuestas á las grandes esperanzas, caían ahora en pesadillas locas.

—¡Claro está! La cosa no tiene malicia,—dijo Chouteau,—y se explica perfectamente... puesto que estamos vendidos... ya lo sabéis de sobra todos.

La sencillez del aldeano Lapouille se exasperaba cada vez que se pronunciaba esa palabra.

—¡Oh! vendidos, ¡si habrá canallas!

—Vendidos, como Judas vendió al Señor,—murmuró Pache, que recordaba ahora la Historia Sagrada.

Chouteau triunfaba.

—¡La cosa es muy sencilla! Se conocen las sumas... Mac-Mahon ha recibido tres millones, y los otros generales cada uno un millón, para traernos aquí... Eso se ha arreglado en París durante la primavera última; y esta noche han lanzado un cohete para dar la señal de que la cosa estaba preparada y que podían venir á cogernos.

Lo estúpido del invento sublevó á Mauricio. Otras veces Chouteau le había distraído, casi conquistado, con su charla; pero ahora no toleraba á aquel que quería pervertirlos, á aquel mal obrero que re-

negaba de todos los trabajos, de todas las cosas, para disgustar á los demás.

—¿Para qué cuenta usted tales atrocidades?—dijo.— Demasiado sabe usted que eso es mentira.

—¿Conque no es verdad?... ¿Conque ahora resulta que no es verdad que estamos vendidos?... ¡Oye tú, señorito! ¿pertenece á esa cuadrilla de traidores?

Se acercaba amenazador.

—Sabes, debías decirlo, señorito, porque sin aguardar á tu amigo Bismarck, te ajustáramos en seguida las cuentas.

Los otros empezaban á gruñir y Juan creyó deber intervenir.

—¡Silencio! ó doy parte del primero que se mueva.

Chouteau, envalentonado, se burló de él. ¡Bastante le importaba que diera parte! Se batiría ó no se batiría, haría lo que le diese la gana; y no tenían que molestarle, porque los cartuchos que poseía no estaban destinados sólo á los prusianos. Ahora que la batalla había empezado, el resto de disciplina sostenido por el miedo, desaparecía: ¿qué podían hacerle? se largaría cuando le diese la gana. Estuvo muy grosero, excitando á los compañeros contra el cabo, que los dejaba morir de hambre. Si la escuadra no había comido durante tres días, era por culpa suya, mientras que los demás habían comido sopa y carne. Pero el cabo había ido con el señorito á hospedarse en Sedán, en algún sitio. Ya los habían visto.

—¿Has ido á gastarte el dinero de la escuadra? ¿Te atreverás á negarlo, canalla?

Las cosas se ponían mal. Lapouille apretaba los puños, y Pache, á pesar de su bondad, enfurecido por el hambre, pedía explicaciones. El más razonable fué Loubet, que se echó á reír, diciendo que era sencillamente estúpido tener camorras, cuando los prusianos estaban allí. El no estaba por las disputas ni á puñetazos ni á tiros; y haciendo alusión á los centenares de pesetas que había recibido como sustituto, añadió:

—En verdad, si creen que mi pellejo no vale más que eso!... Voy á darle por su dinero.

Mauricio y Juan, irritadísimos por aquella agresión imbécil, contestaban con malos modos, se disculpaban, hasta que una voz fuerte salió de entre la niebla:

—¿Qué pasa? ¿qué pasa? ¿quiénes son los que disputan?

Y el teniente Rochas se presentó con el kepis mudado de color por las lluvias, con su capote, al que le faltaban algunos botones, con toda su flaca y desgarbada personalidad, en tal estado de abandono y de miseria, que inspiraba lástima. A pesar de todo, brillaba en sus ojos algo que inspiraba confianza.

—Mi teniente,—dijo Juan, fuera de sí,—son esos hombres que dicen que estamos vendidos... sí, que nuestros generales nos habrán vendido...

En el cerebro angosto de Rochas, aquella idea de traición empezaba á germinar porque era la única que podía explicar los desastres, que no podía comprender.

—¿Y qué les importa si estamos vendidos?

Nada tienen que ver eso. Lo que es preciso que

sepan es que los prusianos están ahí y que les vamos á atizar una soberana paliza, de esas que no se olvidan fácilmente.

A lo lejos, detrás del espeso telón de niebla, el cañoneo de Bazeilles continuaba.

En un ademán inmenso, extendió los brazos:

—¡Esta vez es de veras!... ¡Vamos á echarlos á culatazos!

Desde que empezaron los cañonazos se había olvidado de todo: la lentitud, las incertidumbres de las marchas, la desmoralización de las tropas, el desastre de Beaumont, la agonía última de la retirada forzada sobre Sedan. Puesto que se batían ¿no era segura la victoria? No había aprendido nada, ni olvidado nada; seguía con su desprecio del enemigo, con su ignorancia completa de las nuevas condiciones de la guerra, con su obstinada certidumbre de que un viejo soldado de Africa, de Crimea y de Italia no podía ser vencido. ¡Pues no faltaba más sino que empezara á su edad á perder batallas!

Una risotada enorme le hizo abrir la inmensa boca. Tuvo una de esas ternezas que le habían conquistado el cariño de los soldados, á pesar de los mojicones con que á veces les obsequiaba.

—Oid, muchachos, en vez de regañar lo mejor es echar un trago... Os voy á convidar y beberéis á mi salud.

Y de un bolsillo de su capote sacó una botella de aguardiente, añadiendo con aire de triunfo que era regalo de una señora. La vispera, en efecto, se le había visto muy bien instalado, en una taberna de Floing, muy entusiasmado con la criada. Ahora los

soldados reían, alegres, tendían sus platos en los que iba echando el aguardiente.

—¡Muchachos, hay que beber á la salud de vues tras novias, si las tenéis, y á la gloria de Francia!... No hay más que eso. ¡Viva la alegría!

—¡Es la verdad, mi teniente, á su salud y á la salud de todo el mundo!

Todos bebieron, reconciliados.

Aquel trago les vino muy bien con el fresco de la mañana al ir á comenzar la batalla. Mauricio, sintió que el licor bajaba por sus venas, dándole calor y despertando apagadas ilusiones. ¿Por qué no habían de derrotar á los prusianos? ¿Acaso las batallas no ofrecían sorpresas, cambios inesperados que la historia relataba? Aquel demonio de hombre añadía que Bazaine había emprendido la marcha y que se le aguardaba antes de la caída de la tarde: la noticia era segura; se lo había dicho un ayudante de un general, y aunque señalaba á Bélgica, como el camino por donde debía venir el mariscal Bazaine, Mauricio se abandonó á una de esas crisis de esperanza, sin las cuales no podía vivir. Tal vez fuera el desquite.

—¿Qué aguardamos, mi teniente?—se atrevió á preguntar,—¡no vamos á ellos!

Rochas manifestó que no había recibido órdenes. Después de un momento de silencio, añadió:

—¿Ha visto alguien al capitán?

Nadie contestó. Juan se acordaba de haberle visto, de noche, alejarse del lado de Sedan; pero un soldado prudente no debe nunca ver á su jefe, fuera del servicio. Se callaba, cuando al volverse, vió una sombra que regresaba á lo largo del vallado.

—Es él,—dijo.

Era, en efecto, el capitán Beaudoin. Extrañó á todos, verle tan correcto, con el traje cepillado, el calzado limpio, todo lo cual contrastaba tanto con el aspecto del teniente. Había además algo de coquetería en su porte, sus manos blancas, los bigotes rizados, un vago perfume de lilas de Persia, que denunciaba había pasado por el tocador de una mujer.

—¡Caramba!—dijo Loubet.—¡El capitán ha encontrado su equipaje!

Pero nadie celebró la ocurrencia, porque todos sabían que tenía mal genio. No le querían los soldados. Desde los primeros descalabros, estaba poco contento y el desastre que todos prevelan le parecía más que inconveniente. Bonapartista convencido, bien recomendado por algunos salones, tenía asegurado el ascenso y comprendía que toda su fortuna se iba á pique entre aquel fango. Decíase que tenía una bonita voz de tenor que le había prestado buenos servicios. No era tonto, aunque nada sabía de su oficio, deseando únicamente agradar, y muy valiente cuando era necesario, pero sin arrebatos.

—¡Qué niebla!—dijo, cuando encontró su compañía, á la que buscaba con afán hacia media hora, temiendo haberse perdido.

En seguida llegó una orden y el batallón tuvo que avanzar. Nuevas nieblas más densas debían subir del Meuse porque andaban á tientas entre un rocío blanquecino que caía en forma de lluvia menudita. Mauricio vió entonces como una visión al coronel Vineuil, surgiendo de pronto, inmóvil sobre su ca-

ballo, en el ángulo formado por los dos caminos, muy grande, muy pálido, como una estatua de la desesperación, el caballo estremeciéndose con el frío de la mañana, con la cabeza vuelta, allá hacia donde sonaba el cañoneo. A diez pasos, detrás de él, estaba la bandera del regimiento que llevaba el alférez, desplegada, moviéndose en la niebla, como una aparición de gloria, próxima á desvanecerse.

El águila dorada estaba humedecida por el agua, mientras que la seda de tres colores, donde se hallaban bordados los nombres de las batallas gloriosas, palidecía, ahumada, agujereada por antiguos jirones, y sólo la cruz de la Legión de honor, clavada en la corbata, daba algún brillo con su esmalte á aquella bandera.

La bandera y el coronel desaparecieron y el batallón avanzaba siempre, sin saber por por donde, como á través de una espesura. Habían bajado una pendiente y ahora subían por un camino estrecho. Después se oyó la voz de alto, y se mantuvieron así, arma al brazo, sin moverse. Debían de hallarse sobre una meseta, pero nada distinguían á más de veinte pasos. Eran las siete, el cañoneo parecía haberse acercado, nuevas baterías tiraban del otro lado de Sedan, más cercanas cada vez.

—En cuanto á mí,—dijo repentinamente el sargento Sapin á Juan y á Mauricio,—hoy me matarán.

No había desplegado los labios desde que se habían levantado, amodorrado como en un sueño.

—¡Vaya una ocurrencia!—dijo Juan,—¿quién puede saber lo que va á pescar?... Hay píldoras para todos y para nadie.

El sargento movió la cabeza como si estuviera seguro de lo que afirmaba.

—Por lo que á mí toca, cosa hecha... ¡hoy me matan!

Algunos se volvieron, le preguntaron si lo había visto en sueños. No, no lo había soñado, lo presentía únicamente.

—Y me fastidia, porque iba á casarme en cuanto me fuera á casa.

Sus ojos se enturbiaron de nuevo ante ellos, como en una visión pasada ante sí toda su vida. Hijo de unos tenderos de Lión, echado á perder por su madre, que se había muerto, no habiendo podido arreglárselas con su padre, se había quedado en el regimiento, disgustado de todo, sin querer dejarse reemplazar; y después, durante una licencia, se había puesto en relaciones con una prima, tomándole gusto á la vida, formando juntos el feliz proyecto de poner tienda, gracias al capital que ella debía llevarle. Tenía alguna instrucción, sabía escribir, tenía buena ortografía y entendía de cuentas. Llevaba un año pensando en la felicidad de la vida que le aguardaba.

Tuvo un escalofrío y repitió con mucha calma:

—Sí, es muy poco agradable, pero hoy me matarán.

Nadie hablaba, continuaban esperando. No sabían si estaban frente al enemigo ó si le tenían por la espalda. Ruidos indecisos venían de vez en cuando de la niebla, rodar de carros, trotes de caballos, marchas de hombres. Eran los movimientos que la niebla ocultaba, toda la evolución del 7.º cuerpo que tomaba posiciones de combate. Los vapores que los

envolvían hacíanse menos densos por momentos. Desaparecían trozos, hechos jirones, descubriéndose pedazos de cielo azul. Y en uno de aquellos momentos despejados, vieron desfilan los regimientos de cazadores de Africa, que formaban parte de la división Marguerite. Tiesos sobre sus caballos, con sus chaquetas de ordenanza, con sus fajas encarnadas, arreaban los pequeños caballos que desaparecían casi por completo bajo el complicado arreo. Después de un escuadrón, otro escuadrón, y todos salían de la niebla y volvían á desaparecer entre la niebla. Sin duda molestaban y los llevaban más lejos, no sabiendo qué hacer de aquella caballería, como venía ocurriendo desde el principio de la campaña. Sólo habían servido para ir á la descubierta, y en cuanto empezaba el combate, los hacían pasear de un sitio á otro, como masas inútiles.

Mauricio los veía pasar, acordándose de Próspero.

—¡Mira! tal vez sea aquél.

—¿Quién?—preguntó Juan.

—Ese chico de Remilly, cuyo hermano hemos encontrado en Oches.

Pero los cazadores habían pasado y se oyó otro galope, el de un Estado Mayor que bajaba por el camino. Esta vez, Juan reconoció al general Bourgain-Desfeuilles, que agitaba un brazo con violencia. Se había resignado á abandonar el hotel de la *Cruz de Oro* y su mal humor decía lo mucho que le había molestado levantarse tan temprano y en malas condiciones.

Su voz de trueno se dejó oír:

—¡Qué demonio! el Mosela ó el Meuse, ahí hay agua.

La niebla se despejaba. Se presentó de pronto, como en Bazeilles, un panorama magnífico, detrás de aquel telón que subía lentamente hacia las alturas. El sol iluminó el espacio y Mauricio reconoció en seguida el sitio en donde se encontraban.

—¡Ah!—dijo Juan,—estamos sobre la meseta de la Argelia... Ves, allí enfrente, aquella aldea es Haing, y allá más lejos, es Saint-Mengues y más allá aún, es Fleigueux. Después, en el fondo, el bosque de los Ardennes y más allá, donde están aquellos árboles escuetos, es la frontera...

Continuó describiendo el país. La meseta de la Argelia, una lista de tierra rojiza, larga de tres kilómetros, bajaba su pendiente suave desde el bosque del Garenne hasta el Meuse, del cual le separaban las praderas.

Allí era donde el general Douay había colocado al séptimo cuerpo, disgustado por no tener bastantes hombres para defender una línea tan extensa y para unirse al primer cuerpo, que ocupaba perpendicularmente á él, la encañada del Gironne, desde el bosque del Garenne hasta Daigny.

—¡Eh! ¿qué te parece? ¡es grande el panorama.

Mauricio señalaba, dando la vuelta, todo el horizonte. Desde la meseta de la Argelia, todo el campo de batalla se desarrollaba, inmenso, hacia el Sur y el Oeste: primero Sedan, cuya ciudadela dominaba los tejados; luego Balan y Bazeilles envueltos en una humareda turbia: en el fondo los montes de la ribera izquierda, el Lizy, la Marféé, la Croix-Piau. Pero especialmente al Oeste, hacia Donchery, se perdía la vista. El cierre del Meuse envolvía la península de Iges, con una cinta pálida; y allí se da-